

Lily del Pilar

El viaje es un desastre

1

NO LLORES

El ruido del viento azotando a la ciudad resonaba en mis oídos. A través de la ventana del departamento de Derek se visualizaba la corriente que arrastraba las hojas bajo el cielo nocturno. Mis brazos colgaban a los costados del cuerpo. La luz de la luna iluminaba de tonos plateados el pasillo por el que retrocedía. El pecho me escocía, quería tirar de mi ropa y arrancármela; necesitaba comprobar si mi corazón permanecía intacto.

A lo lejos se escuchó un murmullo, bajito, casi inexistente, privado y desgarrador.

Alguien lloraba.

Entonces otro sonido: un beso.

—No llores, por favor.

¿James?

—Nunca lo viste.

—¿En serio crees que no lo veo?

El mundo dio un par de vueltas.

Llegué a la puerta.

2

ANTES Y DESPUÉS

Mi cabeza estaba apoyada sobre las piernas de alguien que no identificaba, el sofá bajo mi espalda se mecía igual que un barco por la marea. Una mano acariciaba mi cabello. Otra persona paseaba por la estancia, sus zapatos resonaban en el suelo, de izquierda a derecha y de regreso. Se detuvo y luego su aliento cosquilleaba en mi rostro.

—Se supone que no estaba. —Era Derek.

—¿Nos habrá escuchado? —preguntó James.

—Lo sabremos mañana. —Derek cambió de posición, su respiración era intranquila—. ¿Te das cuenta del tipo de cosas que haces, James?

—Lo siento.

—Clásico tuyo, crees que con un «lo siento» puedes solucionar toda tu mierda.

—Lo siento —repitió.

—Siquiera... Argh, ¿tenías que irte por tanto tiempo?

La mano que sostenía mi cabello se tensó. Afuera comenzaba a correr un viento que, por la mañana, finalizaría para dar paso a uno de los días más lluviosos del año. James aclaró su garganta antes de contestar, su voz se percibía un tanto forzada.

—Tengo que decirte algo.

—¿Qué cosa?

—No quiero lo que propuse —confesó.

—No te entiendo.

—Eres mi mejor amigo.

La cabeza me daba vueltas, el sofá volvía a inclinarse en una extraña posición.

—¿Lo soy?

—Y estuviste antes y estarás después.

—No digas que estaré después.

El silencio se prolongó entre ambos, pesado, triste, doloroso. Ambos permanecían paralizados. Esa noche los amigos no eran más que dos desconocidos.

—Quiero que Leah escoja.

—¿Elegir qué, James?

—Ya sabes.

—¿Vas a dejarla?

—Yo...

—¿Tú qué?

—Sí.

Derek, por fin, dejó el tono prepotente.

—Lo tuyo con Leah terminó cuando te fuiste.

La tensión era palpable, exasperante y permanente. Se escuchó el roce de ropa y Derek avanzó por el pasillo hasta que sonó la puerta al cerrarse. Tras unos segundos, James soltó el aire que tenía contenido en los pulmones.

—¿Leah? —preguntó entonces.

No reaccioné, él se acercó.

Su aliento estaba suspendido y rozaba mis mejillas. Sus labios tocaron la punta de mi nariz, sus manos acariciaron los mechones que más tarde mutilaría.

—Leah, ¿me seguirás queriendo por la mañana?

3

NO TE VAYAS

Una pierna rozó la mía sacando a mi cerebro de la suspensión. Mis ojos se clavaron en el cielo raso. El cuarto de Derek brillaba con el amarillo y naranja del amanecer. El calor me envolvía, no estaba sola, alguien me abrazaba. Ladeé la cabeza unos grados. Me encontré con un torso sin camiseta, uno de los brazos doblado hacia arriba y una almohada cubriendo parte del rostro de la persona que estaba a mi lado.

Derek.

Reapareció el recuerdo de nuestros labios unidos, de sus temblorosas manos, de mi corazón latiendo enloquecido.

Toqué su mano, un roce casi inexistente y que pareció un mundo. Él despertó quitándose parte del cojín de la cabeza. Me observó por unos instantes de la misma manera que lo hacía al contemplar un paisaje: ensimismado, ausente.

—¿Sí? —preguntó ronco por el sueño.

Tenía un párpado enrojecido e hinchado.

¿Qué había ocurrido?

Me moví unos centímetros, la cabeza me daba vueltas y los párpados me pesaban.

—No te vayas —susurré—, por favor.

Asintió, inclinando hacia abajo los labios.

—No te preocupes.

Sus manos apretaron mi cintura y me apegó a él.

—La gente puede vivir con el corazón roto —volví a susurrar.

—¿Tú crees?

Cerré los ojos con fuerza, asentí.

—Eso espero.

MEJOR UN CORAZÓN ROTO

El sonido de una maquinilla me devolvió al mundo. Era un ruido profundo y constante que provenía del baño. Mi cerebro recibió pequeñas descargas eléctricas que me hicieron cosquillas.

Ese sonido...

El recuerdo no lograba hacerse presente.

Tomé asiento. El mundo entero dio vueltas, mientras un dolor intenso perforaba la parte interior de mis párpados. *Argh, por la puta, ¿cuánto tomé anoche que estoy en este estado de mierda?* De seguro una botillería completa, porque, lo creyeran o no, seguía un poquito demasiado ebria.

Observé a mi alrededor para comprobar si continuaba en el cuarto de Derek; *así es, Leah querida, sigues en el mismo lugar con los mismos pecados de siempre*, dijo mi conciencia. La estancia permanecía como había quedado la noche anterior: partituras desperdigadas por el suelo, una guitarra acomodada en el rincón y un montón de discos por aquí y por allá. Klikli no se veía por ningún lado. Estaba sola en la cama.

El recuerdo me golpeó con la fuerza de un yunque.

¿No lo soñé, señor? ¿En serio no lo soñé?

Estiré la mano para tocar las sábanas frías. *¿Lo de anoche fue sueño o no? ¿Ocurrió? ¿Lo busqué o no bajo las sábanas...? Ay, ¿por qué, divino señor?, ¿por qué entre todas las cosas tuve que hacer eso?*

Quité la idea de mi cabeza con una sacudida que me mareó hasta que quise vomitar. Mala idea, pésima, de hecho. Necesitaba una farmacia a la vena.

—¿Derek? —llamé.

No tuve respuestas.

—¿Derek? —insistí.

Nada.

Intenté ponerme de pie...

Ay, no, mejor que no, mejorcito me quedaba acostadita y tranquila, sí que sí, mejorcito me moría ya en esa posición porque ¿quién necesitaba vivir después de tremenda borrachera? ¿Quién quería cambiarse una ropa vomitada? Claro que yo no, porque obvio que podía continuar apestando en esa cama otra vida completa más...

El ruidito de la maquinilla, constante y bajo, rebotó otra vez en mi cráneo cual cuervo anunciando la muerte.

Ese sonido...

¿Qué era? ¿Por qué le daba tanta importancia?

—¿Derek?

Nada de nuevo.

Alcé la voz.

—¡DEREK!

¡Zas, hachazo en la frente!

La maquinilla dejó de sonar.

—Estoy en el baño —contestó—. ¿No puedes estar sin mí un segundo?

Y pensar que sus pies buscaron los míos aquella noche... Esperen, en serio, ¿lo soñé o realmente ocurrió? Tremendo dolor y enredo de cabeza que me gastaba.

—Oye.

—¿Qué quieres?

¿En serio compartí cama y abrazos con este tipo?

—Tengo jaqueca.

Bufó.

—¿Y te sorprendes?

—¿Por qué me dejaste beber tanto?

—Estás bastante peluda, Chewbacca, para que alguien te esté controlando.

Bien, perfecto, no era la única que estaba de un humor de perros.

Armándome de valor, y débil como una cría de caballo recién parida, me puse de pie tambaleante. Dios, ¿qué tan patética po-

día verme esa mañana? Bien, si sumábamos mi cabello con las puntas reseca por una especie de pasta no identificada (cof, cof, vómito), digamos que bastante. Genial, era la princesa de más baja alcurnia que la naturaleza conoció.

Caminé hacia el baño apenas, sin darme cuenta tiré una lámpara al suelo.

—Ups, lo siento —grité casi llegando donde Derek—. La pagaré... en algún momento.

—Quemaste mi departamento, ¿en serio crees que me voy a preocupar por algo que rompas?

Por fin mis dedos se aferraron al marco de la puerta del baño. Pestañee con fuerza por el cambio de luz. Dentro me encontré a Derek dejando la maquinilla sobre el lavamanos, estaba todo su cabello esparcido en las baldosas del suelo.

Dos escenas me golpearon: su ojo hinchado y su pelo.

—¡Charán! —anunció.

Se inclinó mostrándome su obra de arte.

Esperen un momento.

Esperen otro maldito momento.

Es que esperen.

Me congelé mientras mi vista iba desde el suelo, donde yacía su melena, hasta su cabeza con aquel uniforme corte de cabello. Finalicé el recorrido en el hematoma rojo y amoratado en su párpado izquierdo.

No podía ser posible.

Derek se había cortado el cabello ayer, ayer, estaba segurísima. ¿Y cómo demonios terminó golpeado?

—¿Qué? —balbuceé.

—Habla con claridad, no entiendo *sebáceo*.

—Cetáceo, idiota. Se dice cetáceo.

—Ah, así que para tratarme mal sí que puedes hablar bien.

Apunté a su cara, ignorando su comentario.

—Pero qué...

—Tropecé con un puño.

—¿El puño de quién?

—Tuyo.

—¿Mío?

–¿Sabes que golpeas mientras duermes?
 –¿De qué hablas?
 –Fue casi como dormir con una persona poseída.
 Me crucé de brazos.
 –Sé serio.
 –Soy serio. Me diste un rodillazo.
 –¿No fue un combo?
 –Fueron ambas.
 –Ah, ya, ¿y justo te di en el ojo con la rodilla?
 –Yo abrazaba tu cintura.
 –¿Por qué no eres sincero y admites que no quieres contar-me?!
 Cruzó los brazos sobre el pecho.
 –Bien, no quiero.
 –Pero...
 –Nah, nah, tú lo dijiste.
 Empequeñecí la mirada. ¿Realmente abracé a este tipo anoche? Con razón solo tenía esos ataques de locura cuando estaba borracha, ¡era insoportable!
 –Bien, pero luego no me andes preguntando por mis cosas.
 –Ok –aceptó.
 –Ok.
 Olvidé con rapidez el enojo porque existía algo que no podía ignorar aunque quisiera.
 –Un momento, hay algo...
 –No te voy a decir lo de mi ojo.
 Apreté los puños.
 –¡Te iba a preguntar por tu pelo!
 –¿Qué tiene de malo? Lo sé, no me veo bien pero tampoco exageres.
 –No es eso.
 –¿Entonces?
 –Tú lo cortaste ayer –con un hilo de voz enfaticé—. Estoy segura... Bueno, creo que estoy segura.
 –¿Lo crees?
 Derek, como siempre cuando creía escuchar la estupidez más grande en la faz de la tierra, puso los ojos tan en blanco que de

seguro se encontró con la cavidad vacía de su cráneo, lugar en que debería anidar su inexistente cerebro.

—¿Ves esto? —inquirió alzando la maquinilla de cortar, después apuntó al suelo—. El pelo no crece de la noche a la mañana. Tanto alcohol te está pudriendo el cerebro, eh.

Hice el mismo recorrido visual. Pestañeé despacio, pensando, procesando, analizando... No, no entendía nada. Intenté recordar cómo estaba su cabello la noche anterior, casi podía visualizar su peinado... pero no, el alcohol había azotado a los recuerdos y se veían borrosos, cortados y deformados. Me estaba volviendo loca, a menos que... sí, eso era, eso definitivamente debía ser, y por eso... Claro, era la respuesta a mis dudas.

—¿Esto es un sueño?

—¿Cómo va a ser un sueño?

—Te creció el pelo en la noche y te lo volviste a cortar. —Empequeñecí la mirada—. A menos que... ¿Eres Harry Potter?

—Ya saliste con esa cuestión.

—Estoy hablando en serio, ¿es un sueño?

—Te dije que no.

Pero tenía que serlo; de otra manera, ¿cómo pasó algo imposible? De seguro todavía estaba recostada en su cama con nuestras piernas entrelazadas; o caso peor, estaba tirada sin conciencia en algún rincón, meada y vomitada. ¿Por qué de pronto la segunda idea parecía tan atractiva?

Mi atención fue a la maquinilla. Antes de que Derek comprendiera lo que iba a hacer, la encendí y ¡zas! Los mechones rojos se deslizaron hasta el suelo y se mezclaron con los castaños de él.

Hubo un instante de silencio.

Luego una risa.

Una carcajada de pánico.

El rostro de Derek era de muerte en vida.

Mi propia risa de espanto sonaba extraña en mis oídos.

Mi cabello esparcido por el suelo se asemejaba a hilos de cobre. Inflé la nariz, el espejo del baño mostró mi cara de terror. Solté la melena mal cortada, la parte de la derecha llegándome al hombro y la izquierda por debajo de él.

—Menos mal que esto es un sueño —musité cual idiota en negación.

Derek dio una larga inspiración para no perder el control, pero no le sirvió.

—¡Leah, serás...!

Apunté a su cabeza, desesperada.

—¡Esto es un sueño!

Se acercó para olerme.

—¡Apestas a alcohol! ¿Todavía estás ebria?

—Puede ser.

—Leah...

Giré y caminé como hipopótamo embarazado hacia el sofá donde..., mmm, ¿pasó algo importante ahí? Como sea, no tenía cabeza para esos enigmas de borracha. Me derrumbé y cubrí mi rostro con los brazos. Quedé en esa posición unos segundos y después me acomodé. Todo giraba demasiado. Ay, quería vomitar hasta el corazón.

Alguien —dícese del otro único ser humano que estaba en ese lugar— tiró de mis manos para destaparme. Abrí los ojos con resignación, el rostro de Derek flotaba sobre mí. Mi estómago dio un vuelco, un vago recuerdo de verlo en esa misma posición hizo cosquillas en mi mente.

—¿Qué? —grazné, mi garganta se encontraba en extremo reseca.

—¿Qué «qué»?

—¿Qué haces ahí mirándome como un idiota? Déjame dormir, ¿quieres?

—No estaba...

—Me siento como la mierda.

Soltó un suspiro frustrado.

—Mejor duérmete.

—Eso es lo que intento, pero no puedo si sigues ahí igual que un acosador.

Hinchó el pecho con indignación.

—¿Acosador?

—Ajá.

Dio un paso atrás. Mi mano de manera automática se estiró para agarrarlo del brazo. Sus ojos recorrieron mis dedos, los hombros cayeron derrotados.

—¿Ahora qué quieres, Leah?

El recuerdo de alguien acariciándome el cabello mientras Derek hablaba vino en forma de flashback.

—¿Alguien...?

—¿Alguien? —insistió para que continuara.

—¿Ayer vino alguien?

Tocó mi mano que lo afirmaba.

—No, ¿por qué?

Me encogí de hombros casi imperceptiblemente y me acomodé formando un ovillo con mi cuerpo. No tuve que explicar nada, no había necesidad. Estaba con Derek y él entendía. Tomó asiento en el mismo sillón y puso mis piernas sobre su regazo.

—Estoy aquí —susurró.

Mis párpados pesaban, sumado a eso seguía sintiéndome como un pepino en vinagre con sentimientos mezclados en una licuadora.

Tras unos minutos, apuntó a mi melena con la barbilla.

—Tendremos que emparejarlo.

Asentí distraída, poco y nada me importaba el largo de mi cabellera. Cerré los ojos y le di una patada suave para molestarlo. Él solo se rio. Alcé la cabeza unos centímetros para observarlo extrañada. Nuestras miradas conectaron.

Recordé sus manos temblorosas, mi rostro acercándose al suyo, sus labios tocando los míos mientras me ahogaba en un mar de sensaciones que no debieron tocar mi puerta jamás.

Lo solté sin pensarlo; tal vez porque estaba medio dormida, tal vez porque seguía muy ebria, tal vez porque quería decirlo y desatar en su mundo el mismo caos que existía en el mío.

—Recuerdo el beso, Derek —no dejé que respondiera y continué, el hilo de conciencia pendía de un hilo—. ¿Acaso vas a negarlo como lo haces con todo?

Cerré los ojos y me permití caer en el sueño de manera automática.

Mi reflejo era una expresión de espanto tan exagerado que parecía una copia casi exacta del afamado cuadro *El grito* de Edvard Munch. Por lejos este cagazo era de los cagazos más grandes que cometí ebria. O sea, besar a Derek era una alpargata al lado de este desastre. No me lo podía creer, por la misma madre de los santos. ¿Cómo, Leah, por Dios? ¿Cómo eres así de idiota e impulsiva?

Tenía la mitad de mi melena trasquilada.

Suspiré e hice un semirrecogido con una cinta que encontré en el baño, era una especie de cola hacia el lado no mutilado; casi no se veía el desastre. Mientras comprobaba mi reflejo antes de salir del baño, me pregunté de qué chica habría sido la coleta que utilizaba.

Tenía que tomar una ducha, aunque no cometería el mismo error del pasado: todavía recordaba dejar que Alex, mi mejor amigo de la infancia, me viera desnuda, no iba a hacer lo mismo con Derek... a menos que..., no, olvídalo, ¿eres tonta? ¡Sácate ese pensamiento ya!

—¿Derek? —pregunté al avanzar por el pasillo.

—Despertó el monstruo durmiente —dijo desde la cocina.

Fijé mi vista en el suelo para encontrarme con mi chaqueta y, sobre ella, una gallina. Era Klikli, la mascota amada de Derek. Odiaba a ese animal.

—Shu, shu. —La espanté moviendo los brazos hacia ella.

No se inmutó.

—¡Sal de ahí! —insistí.

Por fin se movió para dejarme ver el horror: mierda de ave manchaba la hermosa tela. Entre el vómito y esa caca, era como un cuadro impresionista.

—¡Derek! —chillé—. Me debes una chaqueta, tu estúpida gallina me la cagó.

—¿En serio quieres comenzar esta conversación?

Aguardé en silencio unos segundos: le debía un departamento, así que...

—¡Está bien! Estamos a mano.

Al entrar en la cocina lo encontré sentado en la mesa, con el entrecejo fruncido volteado hacia la enorme ventana, afuera el cielo estaba plagado de nubes grises. Tuve que pestañear para reconocerlo con el nuevo corte de cabello. No me acostumbraba, era algo demasiado convencional para alguien descuadrado como él.

—Va a llover —anunció.

Recordé el viento de la noche anterior despertándome. Y con él vino el recuerdo de la piel de Derek contra la mía y yo buscándolo bajo las sábanas. Enrojecí y tosí de los puros nervios.

—¿Y a ti qué te pasó ahora?

Abaniqué mi rostro, mi voz salió en un hilo entrecortado.

—Me subió la presión.

—Eso puede ser peligroso.

Sí, aunque no tanto como mi memoria.

Fui hacia la ventana solo para hacer algo. El cielo anunciaba una tormenta que se desató en ese instante. Al principio fueron pequeñas gotas que mojaron la ciudad, luego aumentó en intensidad hasta que la gente corría para escapar del aguacero.

—¿Viste? —anunció—. Te dije que iba a llover.

Giré hacia él.

—Cuidado, que tenemos al mago Merlín frente a nosotros —contesté con sorna.

Por fin se movió y habló.

—Ya, ya, ¿para qué me buscabas?

—¿Acaso no puedo?

—Claro, como siempre me buscas tanto...

Acepté aquella verdad a regañadientes.

—Necesito una toalla y ropa —respondí.

—Toallas hay en el baño y tu ropa la tienes puesta.

La comprobé.

—Para qué te la vomitaste.

Pestañeeé con incredulidad.

—¿Cómo puedes ser tan desagradable cuando ayer dormiste conmigo? ¿Te das cuenta de que me abrazaste vomitada?

—Para que veas que soy una buena persona. —Al comprobar que permanecía en silencio, hizo un gesto con sus manos—. ¡Ya, ya, quítate esa ropa y te la lavo mientras te bañas!

Bailé hacia él. Como si fuera lo más natural en el mundo, me incliné y besé su mejilla. Comprendí lo que hacía cuando mis labios ya estaban tocando su piel. Horrorizada por mi comportamiento, giré sobre mis talones y partí corriendo hacia el baño. Mi corazón latía enloquecido. ¿Qué acababa de ocurrir? Sacudí la cabeza, pero de igual manera esa voz repetitiva y enfermiza continuó una y otra vez mientras encontraba las toallas en un mueble del baño, me envolvía en una y tiraba otra sobre mis hombros. Volví a salir hacia la cocina con la ropa bajo la axila.

—Toma —dije.

Derek estaba con un trapero limpiando el suelo.

—Déjala en la lavadora con tu chaqueta que está ahí arrugándose y haciendo bulto, igual que la dueña.

Lo admitía, me merecía su rencor por ser una total desgraciada, así que mordí mi lengua de víbora y fui a la logia, donde tiré la ropa en la lavadora tras programarla para un lavado y secado.

Al regresar, él continuaba limpiando.

—No sabía que supieras hacer cosas de casa —bromeé.

—Desde ahora llámame Ceniciento Derek.

Justo Klikli entró a la cocina y caminó hacia su amo con total devoción. Derek seguía sin hacerme caso. Yo estaba solo con dos toallas que podría dejar caer en cualquier instante, pero no, gracias, a él solo le importaba limpiar la mierda del suelo. *¿En serio fue a ese tipo a quien abracé anoche? ¿En serio lo besé y provoqué semejante temblor de manos en él?*

—Pensé que tenías a alguien que limpiaba —comenté.

—Y tenemos, pero ¿sabes lo desagradable que es pisar mierda de gallina? No sé si es peor con calcetines o con el pie desnudo.

Era obvio que Derek intentaba ignorarme. Mis ojos volvieron a recorrer su párpado hinchado y se fijaron en lo mucho que apretaba la escoba, marcándosele los músculos de los brazos.

—¿Derek?

—¿Qué?

Ajusté la toalla al torso.

—¿Todo bien?

Su espalda se puso rígida.

—Todo bien.

—Es que...

Intenté moverme, él me frenó en seco.

—Déjalo, Leah.

—Pero, Derek...

—¿Qué? —soltó cansado.

—Es...

—¿Qué, Leah?

—¿Es por el beso?

El sonido del palo estrellándose contra el suelo nos asustó tanto a Klikli como a mí. Ella tuvo la fortuna de salir aleteando de la cocina, mientras yo permanecía en mi posición siendo perforada por una mirada inquisidora.

—¿Por qué lo haces? —quiso saber.

—¿Hacer qué?

—Eso —dijo, apuntándome—. ¿Por qué mencionas algo si no vas a hacer nada para solucionarlo?

—Yo...

—¿Por qué la gente pregunta por sentimientos cuando saben que nunca los van a corresponder? ¿Por qué preguntas por el beso si ambos sabemos que solo quedará en eso, porque llegará James y toda tu maldita vida volverá a tener sentido? ¿Por qué eres así?

—¿Así cómo?

—Cruel.

—Derek...

Me detuvo con un movimiento de manos.

—No, Leah, no. Hoy no, mañana tampoco. Estoy harto, ¿entiendes? Harto de que James y tú me metan en el medio porque no pueden ni quieren estar con el otro. No soy a prueba de balas y ya he recibido bastante, ¿no te parece que merezco algo diferente?

El nudo de sentimientos que iba y venía persistió anidándose a un costado de esa sensación de desapego.

Quise desmentir cada una de sus palabras y decirle que no, que el beso no fue un capricho ocasionado por el despecho. Quise contestarle tantas cosas y no pude. ¿Y si acaso después ocurría lo que él decía? ¿Y si regresaba James y volvía con todos esos sentimientos de mierda que tenía por él?

Así que hice lo que tocaba hacer.

Guardé silencio y lo dejé abandonarme en medio de la cocina.

Mejor un corazón roto que uno lleno de esperanzas falsas.